

Memoria breve, realidad duradera

Alfredo Acle Tomasini©

Aunque usted no lo crea los tulipanes fueron, en el siglo XVII, los protagonistas del primer episodio especulativo registrado en la historia económica del mundo. En sólo tres meses los holandeses vieron cómo el precio de esta especie, apenas importada de Turquía, aumentaba veinte veces; y cómo, en un lapso similar, descendía hasta alcanzar su nivel original. Y esto sucedió con el apoyo de la banca holandesa -la más sofisticada de la época-, que desarrolló incluso un mercado de futuros para negociar bulbos que todavía no se cosechaban.

¿Qué hay en común entre este episodio ocurrido hace cuatro siglos y la actual crisis financiera? Si a usted le interesa la respuesta, le recomiendo leer el libro Una breve historia de la euforia financiera, publicado en 1990 por el recién fallecido John Kenneth Galbraith, economista de origen canadiense, quién fue un prolífico escritor caracterizado por la agudeza de sus análisis, la claridad de sus planteamientos, lo ameno de su prosa, y por la incomodidad que causaba cuando cuestionaba -con ingeniosos sarcasmos-, conceptos que la mayoría aceptaba sin chistar.

A partir del caso de los tulipanes, Galbraith revisa los principales episodios especulativos ocurridos desde entonces hasta finales de los ochenta, con la finalidad de encontrar los rasgos comunes a todos ellos. Lo interesante es que la actual crisis financiera se podría añadir a la colección con toda facilidad, porque lo único que hace es corroborar la validez de sus planteamientos. Esto dota a esta obra de un rasgo paradójico porque, al relatar el pasado, nos da los argumentos para asumir que, tarde o temprano, éste se repetirá. ¿Por qué?

En primer término, porque la memoria financiera que tiene la sociedad suele ser muy corta. Con súbita rapidez, y más aún cuando hay un cambio generacional, se olvidan las causas del desastre anterior y éstas, aunque con nuevas envolturas, vuelven a aparecer. Baste recordar que, apenas hace veinte años, la especulación con bonos chatarra derrumbó Wall Street, como ahora ha ocurrido con las hipotecas de alto riesgo, empacadas y reempacadas en innovadores productos financieros que supuestamente permitían diluir el riesgo, objetivo que no se cumplió y que, en cambio, hizo más confusa y complicada su evaluación.

Lo relevante de los casos anteriores es que ratifican un axioma fundamental: las reglas de la economía obedecen al sentido común. Basta citar dos ejemplos: el crecimiento especulativo de los precios no es infinito; siempre habrá un punto donde alguien sentirá que ha llegado el tiempo de vender, y ahí empezará la debacle. Pasó con los tulipanes, los bonos chatarra, el valor de las casas que garantizaban las hipotecas basura, y con la Bolsa Mexicana en 1987.

En su momento, los creadores de innovadores productos financieros alardeaban de su ingenio y de la robustez de sus creaturas. Ciertamente, estos impulsos creativos han permitido ofrecer nuevas opciones para el financiamiento de las empresas. Pero no podemos ignorar que su funcionamiento depende de una regla fundamental: que al final del

día el deudor pague lo que debe, de otra suerte todo -como ahora-, terminará por derrumbarse.

¿Por qué no aprendemos; por qué olvidamos? Galbraith cita a Walter Bagehot, economista y editor de *The Economist* a finales del siglo XIX, quién dijo que cuando las personas están más felices, son más propensas a creer. Observar un patrimonio que, aun en el papel, está creciendo hace sentir feliz a mucha gente; la razón cede al instinto; aunque paradójicamente podemos llegar a pensar que por eso, por inteligentes, nuestra situación mejora. Por ello, Galbraith recuerda: durante los episodios especulativos no sólo los tontos pierden su dinero.

Inteligencia y estupidez están más cerca de lo que parecen, y más aún cuando la segunda se disimula con arrogancia. En el episodio alcista, los mismos beneficiados se vuelven sus impulsores, y a su vez se asumen poseedores de la verdad absoluta, y por ello juzgan a sus críticos como ignorantes, aguafiestas, incapaces de entender la actualidad del mundo. Hasta que ésta se convierte en espejismo y todo vuelve a su lugar. Pero a la borrachera seguirá la resaca; el duro despertar, el recuento de los daños que, desafortunadamente, los pagarán quienes ni siquiera pudieron entrar al casino. Y aquí está para México su mayor reto: no en las cuentas públicas, sino en su gente. Entendamos que las implicaciones sociales de las crisis serán nuestro mayor desafío.